

sumo de la mente en el conocimiento de Dios, la virtud suprema consiste en conocer á Dios: *Summum mentis bonum est Dei cognitio, et summa mentis virtus Deum cognoscere.*

Spinoza enseña también

a) Que el bien es aquello que conocemos ó concebimos como útil (*quod certo scimus nobis esse utile*) para nosotros, así como por mal debemos entender aquello que nos impide poseer algún bien.

b) Que el alma humana es inmortal, porque y en cuanto que su ser ó realidad se identifica con la substancia eterna; y, por consiguiente, esta inmortalidad no consiste en la permanencia eterna del alma como individuo ó persona, sino en la conciencia de que existe y existirá siempre la substancia infinita de que ella es un modo y revelación.

c) Que esta conciencia ó convicción de que nuestra alma es eterna y existirá siempre en la substancia eterna y única, que es Dios, debe desterrar todo temor de la muerte y producir pura alegría en el ánimo del filósofo.

d) Que el hombre nada puede conocer con certeza sin conocer primero á Dios (*omnis nostra cognitio et certitudo, a sola Dei cognitione dependet*), y esto de tal manera y hasta tal punto, que mientras no poseamos idea clara y distinta de Dios, podemos dudar de todo (Descartes): *de omnibus dubitare possumus, quamdiu Dei nullam claram et distinctam habemus ideam.*

En política, Spinoza sigue la dirección y la doctrina de Hobbes, y la sigue con tanta fidelidad y de tal forma, que, poniéndose en contradicción consigo mismo, ó sea con su doctrina acerca de la libertad absoluta del

pensamiento y la palabra, el filósofo holandés establece un monopolio tan tiránico como irracional en favor de los poderes civiles en materias religiosas. En uno de los capítulos de su *Tractatus theologico-politicus*, que lleva por epígrafe: *Ostenditur jus circa sacra penes summas potestates omnino esse*, Spinoza somete á la voluntad de los depositarios del poder todo lo referente al culto, á las prácticas de la religión, y hasta la interpretación de la Escritura.

§ 60.

CRÍTICA.

El panteísmo en Filosofía y el racionalismo naturalista en religión y en política, con todas sus lógicas y naturales consecuencias, constituyen los dos caracteres fundamentales de la doctrina de Spinoza. En uno y otro concepto, Spinoza procede de Descartes; pues, como dijo Leibnitz, Spinoza no hizo más que cultivar ciertas semillas de la Filosofía cartesiana. Ritter observa y afirma igualmente que las doctrinas de Spinoza proceden esencialmente de la escuela cartesiana, cuyos principios racionalistas son los mismos que adopta Spinoza, bien que desenvolviéndolos y aplicándolos en mayor escala. Lo mismo puede decirse de su concepción panteísta, la cual se refiere y enlaza «directamente, dice Ritter, con ciertos hilos de la doctrina cartesiana». En su método, en sus principios y tendencias, en sus ideas y hasta en sus expresiones técnicas, Spinoza procede de Descartes, y se mueve casi siem-

pre dentro del círculo de las ideas cartesianas, sin perjuicio de hacer de ellas aplicaciones más extensas y lógicas, y, sobre todo, sin perjuicio de sacar sus consecuencias remotas, pero legítimas.

Porque, en efecto, Spinoza no se detiene á medio camino, como Descartes, sino que marcha con franqueza y con lógica é inflexibilidad hasta las últimas consecuencias. En el terreno panteísta y en el terreno racionalista sigue impasible su camino, sin detenerse ante las deducciones y aplicaciones más opuestas á la verdad, al sentido común y al sentido cristiano. De aquí es que, una vez sentada la noción inexacta de la substancia y la base hipotética del panteísmo, le vemos marchar en derechura á la negación de las substancias finitas, á la identidad de Dios con el mundo ó naturaleza, á la negación de la creación *ex nihilo* y de la libertad divina en la producción de los seres, á la afirmación del fatalismo cósmico y del determinismo humano, á la negación de la inmortalidad personal, etc., etc.

En el terreno racionalista marcha con no menor resolución, y llega igualmente hasta las últimas consecuencias, lo mismo en el orden religioso y teológico que en el orden político. La religión judía y la cristiana no son más que elementos morales; las profecías, los milagros, los libros inspirados, etc., sólo tienen importancia moral, y deben interpretarse y concebirse en sentido puramente natural y racional: la revelación y lo sobrenatural son hipótesis antifilosóficas.

En el orden político, la teoría de Spinoza es la teoría del liberalismo radical de nuestros días, teoría que se resume, por una parte, en despotismo cesarista y

omnipotente por parte del Estado hasta en las materias religiosas (*jus in sacra*), y, por otra, en libertad absoluta del individuo para pensar, decir, enseñar cuanto en mientes le venga: *unicuique, et sentire quae velit, et quae sentiat dicere, licere*.

Y es de notar que, á pesar de estos alardes de liberalismo radical, la verdad es que, penetrando en el fondo de las cosas, el liberalismo spinozista se convierte en una concepción determinista y hasta mecánica, toda vez que la libertad es un nombre sin sentido real y verdadero en la teoría de Spinoza. Así es que, según la acertada observación de Kuno Fischer, Spinoza sustituyó la concepción político-mecánica á la concepción político-mundana ó secular de Maquiavelo, y á la concepción político-naturalista ó física de Hobbes. Por otro lado, esta concepción ó teoría política del filósofo holandés no es más que una consecuencia lógica de su teoría metafísica, según la cual, el ser, ó, si se quiere, la realidad, la naturaleza y la causalidad mecánica, vienen á ser una misma cosa: *Er begreift, escribe Fischer, Wirklichkeit als Natur, und die Natur als mechanische Causalität*.

En resumen: Spinoza es el primer representante explícito, genuino y completo del racionalismo moderno en sus tres fases fundamentales, que son el panteísmo en la ciencia, el naturalismo en la religión, y el liberalismo en la política. Y para serlo, le bastó cultivar ciertas semillas de la Filosofía cartesiana, como decía Leibnitz; le bastó desenvolver sus tendencias; le bastó deducir y poner de manifiesto las consecuencias que entrañaban los principios de aquella Filosofía. En vista, pues, de la perniciosa influencia que la Filosofía

cartesiana venía ejerciendo en los extravíos de Mallebranche, en el sensualismo iniciado por Locke, y sobre todo en el racionalismo y panteísmo de Spinoza, no es de extrañar que Bossuet dijera que, bajo el nombre y á la sombra de la Filosofía cartesiana, veía prepararse un gran combate y formarse un gran partido contra la Iglesia de Cristo.

Séanos permitido hacer aquí una observación. En nuestra opinión, la doctrina de Spinoza es un método más bien que un sistema filosófico. Porque lo que hay verdaderamente original en su doctrina, no es el panteísmo, ni siquiera el racionalismo, que bajo una forma ú otra habían aparecido antes y aparecieron después en el campo de la Filosofía, sino la aplicación del método geométrico á la metafísica. En realidad, Spinoza fué llevado al panteísmo con y por la aplicación del método geométrico á ciertas ideas cartesianas. Descartes había dicho que la esencia del cuerpo es la extensión, y que con ésta se identifica el espacio, lo cual sirvió de punto de partida á Spinoza para decir: así como el espacio infinito contiene en potencia todas las propiedades ó determinaciones geométricas, así la substancia infinita ó Dios contiene en potencia todas las determinaciones substanciales del ser. Porque este y no otro es el pensamiento que palpita en el fondo de la doctrina de Spinoza y que sintetiza su concepción en lo que tiene de original.

Aparte del método geométrico, ó sea de su aplicación á la metafísica, si hay algo relativamente original en la doctrina de Spinoza, es lo que se refiere al orden político-social. En este orden de ideas, es á la vez demócrata, radical y partidario del más opresor

despotismo. Concede al hombre libertad absoluta para tener y enseñar las ideas más subversivas, las negaciones más radicales en religión, en moral, en Filosofía, en política, en todo; pero concede al poder civil, no sólo la facultad de reprimir con la sangre todo hecho externo, siquiera sea la aplicación práctica de aquellas ideas, sino el derecho de prohibir toda acción, todo ejercicio y uso de los legítimos derechos del hombre, siempre que al soberano se le antojen contrarios al bien del Estado, ó, lo que es lo mismo, siempre que aquel uso de legítimos y naturales derechos no le parezca conveniente al jefe del Estado.

En este concepto, Spinoza merece ser apellidado padre y precursor de esos políticos modernos que, después de autorizar la enseñanza del ateísmo y del socialismo, y después de permitir la apología de la insurrección, del asesinato político y de la rebelión, ahogan en torrentes de sangre las aplicaciones de semejantes doctrinas, y, lo que es peor aún, mientras que permiten en nombre de la libertad la enseñanza y propaganda de semejantes doctrinas, reprimen y prohíben, en nombre de la misma libertad, la enseñanza de las buenas ideas y de las instituciones en que se encarnan.

Pocos nombres aparecen en la historia de la Filosofía que hayan atravesado por vicisitudes y juicios tan diferentes como el nombre de Spinoza, vicisitudes que se explican perfectamente por la naturaleza y caracteres de su doctrina. Para sus contemporáneos y sucesores, por mucho tiempo, ó pasa desapercibido, ó es considerado como un ateo vulgar, ó es objeto de calificativos más ó menos duros. Leibnitz le apellidaba

autor «de una doctrina detestable». Para Mallebranche la doctrina de Spinoza era *una quimera ridicula*. Bayle le llamaba *ateo de sistema*, y generalmente era considerado como un representante del ateísmo, con sobrada razón por cierto, puesto que el Dios de Spinoza, no sólo carece de inteligencia, de voluntad y de personalidad, sino que es la misma naturaleza ó totalidad de los seres del mundo: *natura naturata*.

Muy otra fué la suerte del nombre de Spinoza á contar desde el último tercio del pasado siglo; porque, en efecto, á contar desde la época clásica del racionalismo teológico, del panteísmo filosófico y del liberalismo político, el nombre del filósofo de Amsterdam viene siendo objeto de encomios y alabanzas de todo género, no ya sólo por parte de los Schelling, Hegel y demás representantes del panteísmo, sino también por parte de literatos y poetas, como Lessing y Gœthe, y de teólogos como Novalis y Schleiermacher. Hasta puede decirse que el nombre de Spinoza se ha convertido en ocasión y centro de toda una literatura, especialmente en Alemania, donde se ha escrito y disputado mucho sobre su vida, sobre la verdad ó error de su doctrina, y principalmente sobre su sentido verdadero. Mientras que Auerbach escribía hasta un poema histórico y semi-épico preconizando las glorias y excelencias de Spinoza y su doctrina, Herder y otros escribían tratados para vindicarlo de la nota, no solamente de ateísmo, sino también de panteísmo, contra las aseveraciones de Jacobi y de otros escritores, que ponían de relieve la identidad del spinozismo con el panteísmo y el ateísmo. Como la obra capital de Spinoza, ó sea la *Ethica more geometrico demonstrata*, no vió

la luz pública hasta después de su muerte, las impugnaciones y refutaciones que se hicieron contra su doctrina en vida del filósofo holandés, se refieren casi todas á su *Tractatus theologico-politicus*, que es el más importante y original después de la *Ethica* (1).

§ 61.

PASCAL.

Este filósofo, ó, mejor dicho, este escritor filosófico, más afamado por sus polémicas teológicas que por sus escritos de Filosofía, nació en Clermont, en el año de 1623, y manifestó desde la niñez una precocidad y una penetración de ingenio excepcionales. Dícese que á los doce años descubrió por sí solo y sin ayuda de maestro, hasta la proposición treinta y dos de Euclides, y á los diez y seis escribió acerca de las secciones cónicas un tratado que llamó la atención de los más ilustres matemáticos de la época. Inventó una máquina aritmética, hizo varios experimentos y observaciones concernientes á las ciencias físicas, y principalmente acerca del peso del aire y el equilibrio de los líquidos, y escribió tratados especiales sobre estas ma-

(1) Entre los libros que se escribieron contra aquel tratado, merecen citarse los dos siguientes: *Vindiciae miraculorum per quae divina religionis et fidei christianae veritas olim confirmata fuit, adversus profanum auctorem Tractatus theol. polit. B. Spinozam*. Su autor fué el predicador protestante Jacob Vatelér. Francisco Cuper fué el autor del segundo, cuyo título es: *Arcana atheismi revelata, philosophice et paradoxice refutata, examine tractatus theol. Polit. Rotterodami, 1676*.

terias, contribuyendo así á los progresos de las ciencias físicas y matemáticas.

Á consecuencia de un accidente de familia, acentuóse en Pascal el sentimiento ascético, y se dedicó á los estudios religiosos y teológicos. Desgraciadamente, entró en relaciones con los jansenistas, tomó partido por ellos, y se estableció en las cercanías del famoso monasterio de Port-Royal, dirigido por la hermana de Arnauld, en donde profesó también una de las hermanas de nuestro filósofo. Fruto de sus ideas y pasiones jansenistas fueron sus famosas *Cartas Provinciales*, cuyas bellezas de estilo se hallan desvirtuadas por la heterodoxia de las ideas, y, sobre todo, por las calumnias, contradicciones y falsedades de todo género que contienen.

La obra principal de Pascal como filósofo, es la que conocemos con el título de *Pensamientos*, los cuales son en realidad y deben considerarse como reflexiones sueltas y apuntamientos para escribir una apología del Cristianismo, idea que por desgracia no pudo llevar á cabo Pascal, por haberle sorprendido antes la muerte (1), cuando no contaba todavía cuarenta años de vida. Aunque alguien dijo que Pascal se había re-

(1) Pascal murió como verdadero jansenista y sin reconocer la autoridad del Sumo Pontífice. Poco antes de morir, decía á uno de sus amigos: «Se me ha preguntado si me arrepiento de haber escrito las *Provinciales*, y respondo desde luego que, lejos de arrepentirme, les daría un carácter más fuerte todavía, si tuviera que escribirlas ahora». Sabido es que las tres primeras contienen errores dogmáticos condenados por la Iglesia. Las quince siguientes tienen por objeto principal la crítica de la moral de los jesuitas, y su título verdadero y completo es: *Provinciales ou lettres écrites par Louis de Montalte à un provincial de ses amis et aux RR. PP. Jesuites sur la morale et la politique de ces Pères*.

conciliado con la Iglesia antes de morir, la verdad es que nada hay que abone esta opinión, y que al autor de las *Provinciales* se le puede aplicar, por desgracia, aquella palabra de San Jerónimo: *Nihil aliud dico quam Ecclesiae hominem non fuisse*.

Como escritor filosófico, Pascal es á la vez un filósofo cristiano y un filósofo escéptico-místico ó sentimentalista. Pascal enseña repetidas veces, y de una manera terminante, que la Filosofía no debe marchar con independencia y separación de la revelación divina y de la teología, sino que necesita de éstas, y es completada y perfeccionada por la fe. La razón humana sería mucho más débil é impotente para alcanzar la verdad, si no recibiera auxilio, vigor y fuerza de la fe ó del orden sobrenatural. El mayor engaño ó error de la razón del hombre y la señal más patente de su debilidad, es negar y desconocer que hay una infinidad de cosas que sobrepujan su capacidad y sus fuerzas propias. La religión cristiana es eminentemente racional, y se apodera de nuestro espíritu por medio de razones, así como se apodera de nuestro corazón por medio de la gracia (*dans l'esprit par les raisons, et dans le cœur par la grâce*), la cual es en el orden práctico, lo que la fe y el dogma son en el orden intelectual. La gracia eleva y perfecciona la voluntad y el orden moral humano, á la vez que la fe eleva y perfecciona la razón humana y el orden racional ó científico. Los dogmas cristianos, aunque son superiores, no son contrarios á la razón, y en su mayor parte derraman viva luz sobre los problemas científicos. Tal acontece con el del pecado original, sin el cual el hombre sería un misterio incomprensible.

Al lado de esta dirección, esencialmente cristiana, obsérvase en Pascal una dirección escéptica con matices sentimentalistas. Sin ser un escéptico en el sentido propio de la palabra, toda vez que reconoce en la razón la fuerza y la realidad de la certeza y de la verdad, Pascal se complace con frecuencia en poner en parangón la grandeza y la pequeñez de la razón humana; insiste sobre las sombras y dudas que afectan su marcha á través de la especulación y de la ciencia; pone de relieve sus errores y extravíos, casi inevitables, dada la influencia y las ilusiones de los sentidos, de la imaginación y de las pasiones; busca la verdad en el sentimiento ó corazón, al cual atribuye el conocimiento de los primeros principios (*c'est de cette dernière sorte* (por el corazón) *que nous connaissons les premiers principes*), y hasta concluye y afirma que el corazón y el instinto son superiores á la razón, á la cual sirven de base y apoyo en el conocimiento de la verdad: *Et c'est sur ces connaissances du cœur et de l'instinct qu'il faut que la raison s'appuie.*

En conformidad con estas ideas, Pascal critica y desvirtúa una gran parte de las afirmaciones de los dogmáticos, sin excluir las pruebas físicas y metafísicas de la existencia de Dios; pero no niega la posibilidad ni la existencia de la verdad y de la certeza en el hombre, bien que atribuyendo especial influencia sobre la última al sentimiento y al corazón. Por eso dice que «la naturaleza confunde á los pirrónicos y la razón á los dogmáticos». Es indudable que en ocasiones exagera la impotencia é inutilidad de la Filosofía, ó, al menos, que su palabra va más lejos que su pensamiento. Cuando escribía que la verdadera Filosofía

consiste en burlarse de ella (*se moquer de la Philosophie, c'est vraiment philosopher*), esta frase no era expresión genuína de su pensamiento, sino de su carácter apasionado y de su temperamento melancólico, á cuya inspiración momentánea obedecía también cuando dijo que toda la Filosofía no merece una hora de trabajo.

Arrastrado por estas ideas, y seducido en cierto modo por sus aficiones, ó, digamos mejor, por su pasión escéptica, el autor de los *Pensamientos* se expresa alguna vez como pudiera hacerlo un partidario decidido del pirronismo. Sólo así se comprenden y explican sus palabras, cuando, no contento con afirmar que el hombre no conoce la existencia ni la naturaleza de Dios (*nous ne connaissons ni l'existence, ni la nature de Dieu*), proclama hasta la incapacidad absoluta de la razón humana para esto: *nous sommes donc incapables de connaître ni ce qu'il est, ni s'il est.*

Afortunadamente, Pascal modera en otros lugares estos apasionamientos escépticos, y enseña prácticamente que el hombre es una débil caña de la naturaleza, pero es una caña que piensa (*mais c'est un roseau pensant*), y que este pensamiento constituye toda nuestra dignidad (1), y hasta nuestra perfección principal, que consiste en la facultad que caracteriza al hombre individual y colectivo desde el punto de vista del progreso, en la facultad de perfeccionarse más y más, entrando en posesión de nuevas ciencias y nuevas verdades.

(1) «Toute notre dignité consiste donc en la pensée. Par l'espace l'Univers me comprend et m'englutit comme un point; par la pensée je le comprends.» *Pensées*, cap. iv., art. 1.º

Así es que después de proclamar la impotencia de la razón hasta para conocer la existencia de Dios; después de afirmar en absoluto que el hombre es incapaz de certeza y de felicidad (*nous sommes incapables de certitude et de bonheur*); después de presentarnos al hombre lleno de error natural é inevitable (*plein d'erreur naturelle et ineffaçable*), y negándole hasta la facultad de dudar, y proclamando la verdad del pirronismo (*il ne peut même douter... Le pyrrhonisme est le vrai*), el autor de los *Pensamientos*, casi á renglón seguido enseña y defiende la doctrina de la Filosofía cristiana acerca de la verdad y de la certeza en sus relaciones con la razón, afirmando, entre otras cosas, que el hombre es capaz naturalmente de amor y de conocimiento; que es preciso saber dudar cuando se debe, y saber afirmar cuando se debe, y que el hombre que no lo hace así desconoce el valor verdadero ó la fuerza de la razón (*qui ne fait ainsi n'entend pas la force de la raison*), contra la cual se peca, ora presentándolo todo como demostrado, ora dudando de todo; concluyendo, finalmente, que de la impotencia de la razón humana, para demostrar algunas cosas, sólo se infiere su debilidad é insuficiencia relativa, pero no la incertidumbre de todos nuestros conocimientos, según pretenden los pirrónicos: *Cette impuissance ne conclut autre chose que la faiblesse de notre raison, mais non pas l'incertitude de toutes nos connaissances, comme ils (les Pyrrhoniens) le prétendent.*

En cosmología, y principalmente en el problema sobre la formación y constitución interna del mundo, Pascal rechazaba con toda energía la solución de Descartes, hasta el punto de que, al escribir que toda la

Filosofía no merecía una hora de trabajo (*nous n'estimons pas que toute la Philosophie vaille une heure de peine*), hacía referencia á la teoría cartesiana sobre remolinos y materia sutil. Pascal, no sólo se burlaba de esta concepción de Descartes, sino que veía en ella una especie de tendencia disimulada al ateísmo (1) por parte del filósofo francés.

§ 62.

CRÍTICA.

Geulincx, Mallebranche y Spinoza representan la evolución de los principios erróneos y antitradicionales de la Filosofía cartesiana, y especialmente la evolución de su principio racionalista, el cual, contenido dentro de ciertos límites en los dos primeros, á causa de su Cristianismo personal, recibe forma y todo su desarrollo lógico en Spinoza; Bossuet, Fénelon y Leibnitz, representan, como veremos después, la continuación y evolución de la Filosofía cristiana, con mayor ó menor pureza. Pascal representa una evolución ó situación intermedia bajo este punto de vista.

(1) Margarita Rener, sobrina de Pascal, dice en sus *Memorias*, después de escribir que su tío se burlaba mucho de la materia sutil de Descartes: «Il ne pouvait souffrir sa manière d'expliquer la formation de toutes choses et il disait très-souvent: Je puis pardonner à Descartes; il voudrait bien, dans toute sa philosophie, se pouvoir passer de Dieu, mais il n'a pu s'empêcher de lui accorder une chiquenaude pour mettre le monde en mouvement: après cela il n'a plus que faire de Dieu.»